

Sergio Silva

Mes de la Biblia: ¿cómo leerla?

Leer un texto significa comprenderlo, es decir, ver con los propios ojos del espíritu aquello que el texto propone, para asimilarlo personalmente. Con la lectura de un texto ocurre algo muy semejante a lo que pasa en la música o en el teatro. Un autor escribe una obra musical poniendo las notas de cada instrumento y de cada voz en un “pentagrama”; más tarde, los músicos y cantantes, para hacer que esa obra musical sea viva y pueda ser oída y gozada por otros, tienen que interpretarla, es decir, tienen que hacerla realidad mediante sus instrumentos y sus voces. Para hacerlo, no les basta con saber leer las notas musicales del pentagrama; tienen que ser capaces, además, de trasladar esas notas a su instrumento y a su voz, es decir, tienen que interpretar esa obra musical. Sabemos, por experiencia, que hay buenos intérpretes musicales y otros que no son tan buenos; pero ningún intérprete puede hacer que una obra mala sea buena, a lo más que puede aspirar es a expresar con la mayor fidelidad posible lo que el autor puso en su obra.

Así también, en la lectura de un texto el lector es intérprete. Comprende lo que lee en la medida en que lo dicho en el texto resuena en él y hace vibrar fibras de su propia existencia; es decir, en la medida en que hace suyas las ideas y emociones expresadas por el autor en el texto, para vivirlas intensamente, encarnándolas en su propia experiencia. Podríamos decir que comprendemos un texto en la medida en que, como lectores, nos hacemos semejantes a instrumentos musicales e instrumentistas que interpretan una obra musical. Mientras más adentro del lector cale el texto, mejor y más honda será su comprensión.

En el caso de la lectura de la Sagrada Escritura se añade algo nuevo, la inspiración de Dios. Cada uno de sus libros ha sido escrito ciertamente por seres humanos, que han trabajado como trabaja cualquier escritor. Sin embargo, en la fe reconocemos que estos libros humanos son inspirados, es decir, que sus autores los han escrito movidos y acompañados por el Espíritu de Dios mismo. No se trata -como se ha creído demasiado tiempo- que Dios haya dictado el texto al escritor, cuya tarea no habría sido muy distinta a la de una grabadora magnetofónica. Si Dios hubiese querido hacer algo así, ¿qué le habría costado poner simplemente en nuestras manos libros escritos directamente por Él? Pero Dios no actúa así con nosotros, sino que nos toma en serio. Nos llama y, si seguimos su llamado libremente, nos anima; su gracia despierta nuestras capacidades y las perfecciona. Si Dios no actuara así, sería contradictorio, pues con su inspiración y su gracia estaría anulando o destruyendo a un ser que Él mismo ha creado, dotándolo con la capacidad de escribir. De modo que la acción del Espíritu en la Sagrada Escritura la tenemos que entender por analogía con la encarnación: así como el Hijo de Dios se hace realmente hombre en Jesús de Nazaret, así la Palabra de Dios se hace verdaderamente palabra humana en manos de los autores humanos de la Escritura.

De aquí podemos sacar un primer principio fundamental para una correcta interpretación y comprensión de la Escritura: tenemos que leerla en el mismo Espíritu con que fue escrita. El que de partida no quiere aceptar la inspiración de los textos bíblicos los leerá sólo como obras humanas y su comprensión se verá empequeñecida; perderá lo central del mensaje que comunican, no permitirá que vibre en su propio interior el deseo de Dios que alienta en él como en todo ser humano; no podrá ponerse a la altura del texto, no lo leerá en la longitud de onda en que está escrito.

Como el Espíritu de Dios inspiró a los autores bíblicos para que escribieran la historia de las relaciones de Dios con su pueblo, para que éste, a lo largo de los siglos, tuviera en la Escritura un

espejo donde mirar el ideal de su fe, la Escritura no da toda su riqueza sino cuando es leída en Iglesia, en comunidad de hermanos que buscan ayudarse a ser fieles a Dios.

Además, ya que la Iglesia es un cuerpo organizado, dotado por Dios de diversos órganos que animan su vida, esta lectura debe hacerse atendiendo, por un lado, a las decisiones doctrinales del magisterio episcopal y papal, al que el Señor ha dotado de un carisma de infalibilidad en la enseñanza -carisma que se ejerce en determinadas condiciones, que sería largo enumerar aquí- y, por otro lado, al sentir del conjunto de los fieles -no sólo los de mi grupo, de mi comunidad cristiana o de base, de mi movimiento, de mi escuela de espiritualidad, sino el conjunto de los fieles de toda la Iglesia, a lo largo de todos los tiempos-, dotado también con un carisma de infalibilidad en el creer, como ha vuelto a afirmar el Concilio Vaticano II en *Lumen Gentium* 12, una afirmación que el papa Francisco no se cansa de recordar.